



El día 25 de abril, fiesta del bendito San Marcos, tomábanse los madrileños de antaño un natural anticipo de los regodeos campesinos y las romerías primaverales. Tenía el famoso evangelista su ermita en las afueras de la puerta de Fuencarral, y allá iban las gentes en este día, que era como la festividad de los maridos, á merendar y armar jarana so color de devoción. Al holgorio de ese día llamábase «ir de Trapillo», modismo que ha quedado en uso después de desaparecidos la ermita y el festejo. Así preparábanse los habitantes de la villa para entrar dignamente en el mes de mayo, bajando al Sotillo en la madrugada de su primer día, y en honra devota de los dos Apóstoles San Felipe y Santiago.

Aquella fiesta matinal, que, como la del Trapillo, escandalizaba á tan severo moralista cual era D. Juan de Zavaleta, movía en tanto la inspiración dramática de D. Pedro Calderón de la Barca en su comedia *Mañanas de Abril y Mayo*, y arrancaba á fray Félix tan dulcísimas églogas como aquella que así termina:

«Ninfas del Manzanares y pastores,  
ya no hay amor, que aquí murió de amo»  
[res.]

Celebrábase la fiesta que se llamaba de Santiago el Verde en la orilla del río, á la izquierda de la puerta Toledana y don-

de ahora es la pradera del Canal. Zavaleta, que era un hombre agrio y de mal gesto, enemigo de que la gente se refocilara á su albedrío, describía así aquel lugar donde existió la ermita de los Apóstoles, motivo de la peregrinación matutina: «Unos árboles, ni muchos, ni galanos, ni grandes; más parecen enfermedad del sitio que amenidad influida. Humedece este sitio, dividido en islas, Manzanares, poco más que si señalaran la tierra con el dedo mojado en saliva»; pero no hay que hacer mucho caso del malhumorado Catón. El lugar es hoy frondoso y bello, conque así sería cuando le eligieron los madrileños de los siglos pasados como paraje grato para su fiesta, que tenía mucho de pagana y valía por una celebración de la primavera.

Era el día de los *mayos* y de las *mayas*. Coronábanse de flores las mujeres, y así tornaban á la villa:

¡Qué bien bailan las serranas,  
día de Santiago el Verde,  
en el Val de Manzanares  
cuando el sol claro amanece!

Dejan el Sotillo todas,  
llevando sobre las frentes  
guirnaldas entretrejidas  
de rosas y de claveles.

Y entre cantares de amor y de alegría despedíanse de la fiesta mañanera hasta